

vernas profundas, que *no se llenan menos que con lo infinito*. De este modo, en esta *noche oscura*,

Estando ya la casa sosegada,

ó sea domada la sensualidad y las pasiones y apetitos mortificados, sale el alma en busca de su amor; esto es, se alza por cima de su propia esencia para buscar la fuente de que procede. De esta fuente ha hecho el poeta una canción especial, que comienza:

¡Qué bien se yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche!

Esta fuente es la esencia divina, de donde emana el Verbo increado por generación eterna; Verbo en quien resplandece y se manifiesta cuanto hay oculto en el Padre, y en quien el Padre se complace eternamente, y donde están, como arquetipos perfectos, y eternamente también, y por el arte ideal, los seres todos y el alma.

Bien se ve que cada frase de las canciones de San Juan de la Cruz encierra misterios difíciles de explicar, y que él explica en sus elocuentes comentarios.

El alma está en Dios, y Dios está en el centro del alma, porque *el centro del alma Dios es*. Ahora bien; ¿cómo no es fácil llegar á Dios, cuando le tenemos en el centro del alma? ¿Cómo no encontrarla allí si le buscamos? Porque hay impedimentos

que el alma ha ido allanando ya, si bien aun queda algo que se interpone entre Dios y el alma. Por esto dice la canción:

Rompe la tela de este dulce encuentro;

y la llama *tela*, porque está ya muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada, y la Divinidad se trasluce por ella cuando á tanta altura sube el alma. El alma, no obstante, aunque la trasluzca, la ve y la comprende de un modo confuso, por donde aspira, al menos, á verla y comprenderla por fe, y de aquí lo que dice la canción, figurando la fe bajo la apariencia de otra fuente distinta:

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Rota por último la tela y llegada la unión, apenas hay palabra que baste á expresar sus inefables misterios. Porque el alma "es Dios por participación, y aunque no tan perfecta como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y á este talle siendo ella por medio de esta transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo; porque la voluntad de los dos es una".

Apenas va aquí un átomo de la sabiduría mística que las *Canciones* de San Juan de la Cruz y sus *Comentarios* enseñan. Juzgar las doctrinas de este santo, el más sublime, original y sutil de nuestros místicos, no cabe en breve discurso, sino requiere extenso libro; no es materia para tratada de repente, sino después de larga meditación y prolijo estudio. Algo, no obstante, teníamos que decir del místico, al considerarle como poeta. ¿Habíamos de parar mientes solo en la forma? ¿Quién mira la fábrica exterior de cofrecillo primoroso de oro y esmalte, y guarnecido de cándidas y relucientes perlas, sin que procure al menos, internar por un instante la mirada en los arcanos é inestimables tesoros que custodia? ¿Quién tiene el pomo en la mano y no aspira el aroma embriagador que guarda, y que el fuego del amor divino ha destilado de lozanas flores del cielo?

El asunto de la mística es tan delgado asunto, que es casi inefable, explicado en sentido recto. Así los prosistas que de la mística tratan, usan términos y frases de la escuela, y acuden además, á símiles y figuras. Los poetas, á quienes la terminología, cuando la emplean, les hace caer en el prosaísmo, se valen de lo alegórico, y para ello toman con predilección por modelo *El cantar de los cantares*. Este libro tiene tres significaciones: una directa, de amores entre el rey Salomón y la Sulami-

ta; otra profética y religiosa, que es el lazo entre Cristo y su Iglesia, y otra mística y hondamente psicológica, que es la unión de Dios y del alma. Como *El cantar de los cantares* es bellissimo, de cualquier modo que se le considere, ha sido parafraseado ó imitado no pocas veces en nuestro idioma; pero no siempre dándole todo su valer, sino concretándose á lo profético y religioso, ó no traspasando en ocasiones los límites de lo literal, como ha hecho Ventura de la Vega, en su por otra parte preciosa imitación, que es joya de nítida elegancia.

Las imitaciones de San Juan de la Cruz encierran también, sino miramos más que á la letra, la gala y la vehemencia de una égloga amatoria; pero, en el conjunto, y á través de cada frase, se percibe el fondo lleno de prodigios, cuya contemplación hace olvidar todo afecto terreno, todo deleite caduco y toda pasión de esta existencia mortal. No parece sino que piñas de flores, ventales de cedro, escuderos de oro, alcázares y pompas orientales, ínsulas extrañas, ríos sonoros, valles floridos, lechos de púrpura y cuantas magnificencias posee el rey Salomón, sólo sirven para velar el centro del alma, donde en realidad pasan las escenas que el santo describe. Allí no puede llegar ni agitación del mundo, ni rumor ni movimiento de seres corporales, ni sugestión del demonio, ni voz de ángeles, los

cuales no atinan ya á dar ni á explicar al alma lo que desea:

Que no saben decirme lo que quiero.

Allí obscuro silencio y sosiego maravilloso. Aquel punto, si punto puede llamarse lo que está fuera del espacio y del tiempo, es, según Ruysbrochio y Suso, citados por el iluminado y extático Fr. Miguel de la Fuente, más alto que el último cielo, más profundo que el mar, más ancho que el universo todo, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida. Lo cual viene confirmado por Blosio al añadir que este centro del alma va á parar á cierto abismo, que se llama cielo del espíritu, donde está el reino de Dios, que es el mismo Dios con todas sus riquezas, dones y gracias. De suerte que este centro desnudo está levantado sobre las potencias racionales, y en eternidad inmóvil, y unido con su principio, que es Dios, por vínculo de unión perpétuo.

En conceptos tan atrevidos tocan ya nuestros místicos ortodoxos al borde de la sima del pantheísmo; pero, por dicha, allí se detienen sin caer. Los salva, á más de su humilde sumisión á la Iglesia, el vivo sentimiento del ser individual; el

psicologismo empírico, que no consiente que el *yo* ni por un instante se diluya en lo infinito como gota de agua en el Océano, y el amor á la acción, con la que tienen siempre despierta la conciencia de la personalidad humana. Bastan estas condiciones para dar al misticismo español carácter propio. Por lo demás, como el Sr. Menéndez, en su *Historia de los heterodoxos*, lo prueba, contra lo que afirma Rousselot, la influencia de los grandes místicos alemanes fué importantísima en la mística española.

El Maestro Eckart, jefe de la secta, no influyó por cierto directamente. Sólo en corto número sus sermones están impresos desde principios del siglo xvi. Sus demás obras, si se conservan, aun deben de estar inéditas; pero sus discípulos Tauler, Suso y otros, que florecieron en el siglo xiv, fueron muy conocidos en España por traducciones latinas, y algunos por traducciones castellanas, tal vez desde el siglo xv. Los místicos de los Estados de Flandes, Ruysbroeck y Blosio, que son con evidencia de la misma escuela, están igualmente traducidos en español, y citados siempre por nuestros autores con los elogios más extraordinarios. Las obras de Blosio, sobre todo, fueron la lectura devota favorita de tres reyes españoles sucesivos: del Emperador Carlos V, de Felipe II y de Felipe III. No es, pues, de extrañar

que los místicos alemanes fuesen imitados por los nuestros. Se parecen hasta en el propósito de escribir cosas tan altas y difíciles en la lengua vulgar, y no en la lengua latina, con lo cual pulieron y perfeccionaron sus respectivos idiomas, haciéndolos flexibles y aptos para expresar los más hondos y sutiles pensamientos, si bien en ocasiones con obscuridad y frase enrevesada, de lo que se burlarían los profanos de aquella edad, en nuestro país, aunque no tanto, ni con tanto motivo y frecuencia, como ahora se burlan de los traductores ó imitadores de Krause. También los místicos alemanes se parecen á los nuestros en ser poetas. Tauler componía canciones, como San Juan de la Cruz.

Este fué y es el misticismo puro, que puede ponerse fuera ó independiente de toda religión positiva, con tal de que acepte un Dios personal, pero no al modo que le entienden algunos fríos y superficiales deístas, creando el mundo, dándole leyes y apartándose de él, sino presente en todo, y vivificándolo y compenetrándolo siempre. Si Dios está en todas las cosas creadas, de donde la teosofía, que le busca en ellas, Dios está en el alma humana, hecha á su imagen, por manera eminente, por lo que dice el evangelista San Lucas que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y de aquí la mística.

La mística, no obstante, si bien, según hemos expuesto al hablar de San Juan de la Cruz, busca á Dios en el centro del alma, esto es, en el hombre espiritual é íntimo, todavía entiende que el hombre racional y hasta el hombre corporal pueden tener visiones, revelaciones y enlaces con los seres sobrenaturales, lo cual en cierto modo es parte de la mística, aunque viene á fundirse con lo ascético y lo devoto, por donde apenas hemos dicho nada de ello. Esto ha sido, si no más rica, más abundante fuente de inspiración poética, en todas las literaturas cristianas, no concretándose sólo á lo lírico, sino extendiéndose por lo dramático y por lo épico ó narrativo. En nuestra poesía empieza semejante misticismo casi al empezar la poesía. La imitación del *Cantar de los Cantares* tiene otro sentido en ella: no es ya la unión del alma, en su centro desnudo, con la pura divinidad, sino su unión con el Verbo humanado, la aparición á los ojos del cuerpo, y los favores y regalos de la humanidad de Cristo á las almas devotas y penitentes que le imitan y aman en esta vida mortal. De aquí los desposorios místicos de algunas santas con Jesús, ya por medio de anillo, ya por flecha de amor, ya por signos ó estigmas. En este linaje de misticismo, que ha durado hasta nuestros días, están inspirados los versos de varias monjas devotas y de noble talento, como Sor María del

Cielo y Sor Gregoria de Santa Teresa. Nada en estos versos que pueda llevar el panteísmo. La individualidad humana de Cristo determina al Dios que estas santas mujeres adoran, al amante celestial á quien sus suspiros se dirigen:

Jesús amoroso,
Amante divino,
Objeto del alma;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Pastor soberano,
Mi dueño, rey mío,
Esposo suave;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Vuélveme tu rostro,
Lleno de cariño,
Que vivo muriendo;
No desprecies, Señor, mis suspiros.

Y este misticismo es tan propio de las almas soñadoras de las mujeres y de sus tiernos corazones, que, á pesar de la incredulidad de nuestro siglo, se ha perpetuado y ha dado muestras de sí en las mejores poetisas contemporáneas: en *El Amor de los amores*, de Carolina Coronado, y en bastantes composiciones, de los últimos años, de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Análogo al afecto devoto de las mujeres por Cristo es el de no pocos monjes, sacerdotes, penitentes y hasta seglares piadosos, por la Virgen Ma-

ría, la cual ha sido manantial fecundo de inspiración cristiana en todas las lenguas y naciones de Europa. La poesía lírica y épica en loor de la Virgen, en España sólo, es tan rica y notable, que el hablar de ella crítica é históricamente pudiera dar asunto á un libro interesante y voluminoso. Los dos idiomas literarios y nacionales de nuestra Península, el castellano y el portugués, se puede decir que nacen á la poesía celebrando los milagros de la Virgen, sus apariciones y los favores que hace á sus devotos, en Gonzalo de Berceo y en el Rey Sabio, que se llamaba su trovador.

Volviendo ahora nosotros al misticismo del hombre íntimo, diremos que casi la única bella muestra poética que de él puede darse en España, en el siglo pasado, está en los versos que el señor Menéndez cita de D. Gabriel Alvarez de Toledo, uno de los fundadores de esta Academia.

Varias causas externas concurrieron á acabar por entonces con el misticismo íntimo, á más de la corrupción y extravíos en que había llegado á caer. Fué la primera causa, en el orden cronológico, el sensualismo divulgado y puesto en moda por Condillac. Cuando se negaba hasta el *yo*, ¿cómo había de buscarse lo absoluto puesto en el *yo*? Fervorosos católicos se hicieron sensualistas, y de aquí el tradicionalismo, del todo contrario al misticismo íntimo. ¿Cómo para Bonald ó para Donoso

Cortés, que niegan que hay en el alma verdad alguna que no venga de revelación material y penetre allí por los sentidos, ha de estar en el alma Dios mismo, origen de todas las verdades?

Otra causa destructora del misticismo íntimo, aun dentro del corazón de los más sinceros creyentes, es el carácter social y político que ha tomado, en el siglo presente, la cuestión religiosa. El pensador cristiano de nuestros días no medita tanto en la verdad metafísica, ni en la relación ó unificación del alma con su principio, como en la vida total del humano linaje, en sus destinos y en su fin colectivo. La teología se aplica, más que á la metafísica pura, á las ciencias políticas y sociales; más que á la psicología, á la historia; y busca á Dios, más que en el apartamiento solitario de la mente, en el tumulto y marcha ordenada de la humanidad á través de las edades. De aquí que los escritores religiosos de ahora, ya son liberales, ya no son liberales, pero todos son políticos; la política y las ciencias que con ella están en relación los preocupan sobre todo. Así Bonald, De Maistre, Buchez, Bordas Demoulin, Gratry, el P. Ventura, Balmes y el Marqués de Valdegamas.

La poesía religiosa toma también este carácter social y político, y produce obras bellas, como, por ejemplo, los coros é himnos de Manzoni y *La Campana*, de Schiller. La musa religiosa española

se ha hecho política de la misma suerte, y bien se pudieran dar aquí por estimables muestras de sus creaciones.

Entre tanto, el misticismo íntimo hubo de refugiarse en Alemania, donde desde la Edad Media con tanto fruto se había cultivado. Allí aparece de nuevo, en medio del sensualismo del siglo XVIII, en un maravilloso poeta, en Novalis; y sin duda, apartándose de las vías cristianas, influye no poco en la creación de una filosofía panteísta, pero profunda, la cual, partiendo de la desapiadada y severa crítica de Kant, identifica el ser y el conocer, el objeto y el sujeto, y Dios y el alma.

Algo de este misticismo heterodoxo ha penetrado en España con las doctrinas de Schelling, Hegel y Krause, y fácil nos sería hacer patentes sus huellas en nuestros poetas contemporáneos, si no temiésemos, ó bien ofender su modestia, ó bien enojarlos, porque creyesen que los acusamos de heterodoxia, cuando tal vez alguno de ellos esté presente.

Por otra parte, estos apuntes, que no me atrevo á calificar de discurso, y que apenas pueden tocar de ligero tan vasto y difícil asunto, son ya hartos extensos, y deben terminar, y terminan aquí, á fin de que la fatigada atención del benévolo auditorio vuelva con placer á deleitarse en el recuerdo de la brillantísima disertación de nuestro nuevo compañero.